



EXCMO. SR. D. RICARDO GULLÓN

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO LXXI. - ENERO-ABRIL DE 1991. - CUADERNO CCLII

Ricardo Gullón

(1908-1991)

Pocos meses hemos disfrutado de la compañía de Ricardo Gullón. Su presencia noble y digna era una vaharada de serenidad. Gullón era un caballero de vieja estampa: ni palabras altisonantes, ni grosera suficiencia, ni gestos de histrión. Sólo el ademán cordial, la risa franca y la conversación discreta. Algo que pudiera ser la presencia del hidalgo intemporal, porque el tiempo para él no contaba. Hablábamos el último jueves académico y tuvo palabras de gratitud para Pedro Laín y para Dionisio Ridruejo. Hablamos de proyectos y discutíamos el libro que me entregó el día anterior. Discutir es una impertinente palabra, comentábamos y nos explicábamos. Porque él bien sabía aquella sentencia de Roqueplan: “La mala fe es el alma de la discusión.” Y Gullón no sabía de mala fe, ni siquiera de los que con él la ejercieron o a él tomaron como pretexto: por eso nunca supo por qué me negué a una solicitud del cónsul de Chicago y por qué me negué a él, amigo tan querido, cuando fue tomado por intercesor. He querido ser siempre amigo de mis amigos. Y él lo sabía, y

me lo dijo Pablo Beltrán de Heredia cuando di a Ricardo mi último adiós. (La Universidad Menéndez Pelayo había prohibido un ciclo sobre Galdós. Yo dirigía entonces el Departamento de Filología en la Universidad Autónoma y el ciclo se realizó con los temas y los nombres prohibidos: Beltrán de Heredia, Caro Baroja, Gullón e Ynduráin.) Nuestro compañero desaparecido era un hombre liberal y generoso: por eso nunca tomó a nadie como pretexto de ostentaciones. ¿Ostentar qué, si era sencillo y sin vanidades? Nos reuníamos muchas veces, y hablábamos de cuanto era la actualidad viva o la presencia de los libros. ¿Cómo no emocionarse con una lección angustiada y que yo le resolví hablando, en Santander, de ordenadores y literatura? ¿Cómo no evocar esos días de Laredo hace un par de años, cuando nos despedíamos de la esposa de un compañero, fatal, ineluctablemente, condenada a la destrucción? Era la gran humanidad de un hombre generoso y afectivo. Todo harto necesario para entender también su obra: distendida y amplia, erudita y diserta. Porque viendo sus trabajos se entiende mejor al hombre. He dicho erudito y quisiera matizar. Para Keyserling, y como buen alemán no lo ignoraría, “el erudito es un hombre eminentemente superficial y, lo más frecuente, eminentemente obtuso”. Gullón no era eso, y pediría ayuda a Ortega para poderme definir: la ciencia empieza donde la erudición acaba. La gran sabiduría de don Ricardo fue dejar la erudición en unos esquemas imprescindibles y a los cuales muchas veces ocultaba para no abrumarnos; sobre ellos construía un edificio nuevo y bien asentado. La erudición en él, como en tantos grandes investigadores, era el pedestal que a otros se les convertía en fardel. Recuerdo al gran humanista Juan de Lucena: “quien latín no sabe, asno debe llamarse de dos pies”. Injusta afirmación, porque los asnos —aunque otra cosa diga Gallardo— no son sino asnos y no cabe compararlos con el hombre a no ser para humanizarlos, como en el capricho de Goya, del

que tanto gustó nuestro amigo. Deshumanizar al hombre es la más triste degradación que pueda darse, incluso en las farsas literarias: recuerdo al Maestro Pezúña del sainetero gaditano don Juan Ignacio González del Castillo. No, Gullón tenía erudición, pero no era erudito. Era un tipo de sabio renacentista que poseía el saber para propia seguridad y no como otros para fácil ostentación de lo que ignoraban, como muy bien dijo don Marcelino de muchos sabios de su tiempo. Por eso Gullón tenía el don de la conversación, pues al ingenio propio unía el saber ajeno y su compañía se hacía corta y esperada siempre con gozo. Era ésta un saber clásico, remansado y aposado. Bondadoso a fuer de irónico.

Ricardo Gullón amaba apasionadamente los libros. Incluso cuando la vista le traicionaba, leía con una gran lupa o se hacía leer por su hija. Leer no era en él la frivolidad de pasar hojas en busca de una peripecia o de un deleite ocasional. Leía para entender y para desentrañar el alma que le atraía. Por eso se pertrechó de inmensos saberes. Trabajó mucho fuera de España y pudo hacer una obra que aquí difícilmente hubiera logrado. En aquellas admirables bibliotecas de Estados Unidos fue elaborando sus contenidos doctrinales. Recomendando un solo libro: *Espacio y novela*, fundamental, con una estructura impecable y con una ordenación intelectual totalmente cartesiana. Leer el libro no es salir del asombro de su sagacidad, y del rigor de su coherencia. Tras esas páginas de precisión implacable para interpretar —en última instancia— lo que es nuestra mejor literatura. Leo estas páginas y siento un calofrío de emoción; tanto saber teórico, tanta doctrina asimilada, tantos anaqueles vaciados en el texto, no son otra cosa que un profundo amor a España. Me pregunto, ¿cuántos españoles tenemos que convertirnos en desterrados provisionales? Y, ¿cuántos tenemos los ojos puestos en nuestra propia realidad? Trabajar en España es llorar; trabajar en las bibliotecas de Estados Unidos es sentir la serenidad del quehacer y el desasosiego de lo que

aquí nos espera. (Envié a mi maestro Blecua un estudio sobre Alfonso el Sabio. —“Cómo se ve que trabajas fuera, aquí jamás hubieras podido escribirlo”.) Gullón “trabajaba fuera”, pero su corazón latía siempre entre nosotros: en el libro que aduzco, en la bibliografía, casi 40 títulos; sólo tres españoles. Y, sin embargo, la doctrina iba apasionadamente hacia nuestra áspera y suave piel de toro. Lo mismo que al hablar de *Espacio y espacialidad en la novela* o al aplicar la teoría a Lope de Vega en una incursión no frecuentada hacia el teatro clásico.

La teoría le llevó a descubrir el *otro*, y aquí sí que se introdujo en lo que es el quehacer del narrador español. Fue su quehacer encariñado y lleno de pasión. Como una incontenible catarata vinieron los libros galdosianos: leo *Galdós, novelista moderno* y encuentro capítulos —muchos capítulos— que son aplicación de técnicas científicas muy desusadas entre nosotros, como puede ser el deslinde del observador y el visionario, “los alimentos terrestres”, el héroe complementario, el mundo de las alucinaciones, la anormalidad. ¿Cuántos otros en el gran novelista? Y es que don Benito se adelantó, en *El amigo Manso*, a las *nivolas* unamunescas, o en *La de Bringas* al autor-personaje. Nos asaltan *Niebla* y Augusto Pérez y don Miguel. *Las técnicas de Galdós* no son únicamente esto, sino además —y generosamente— la interpretación estructural de los relatos, como el espléndido que dedica a *Fortunata y Jacinta*. Deternernos en los estudios que Gullón redactó sobre Galdós sería un inacabable descanso. (Dirigía los cursos de cultura española en la Universidad Internacional de Las Palmas y llamé a Gullón. Su éxito fue abrumador: para siempre ya en cuanto mis Islas hicieron para honrar al gran novelista.) Pero la teoría del *otro* está desarrollada en los artículos (sobre *Teresa*) y en el libro que dedicó a don Miguel: *Autobiografías de Unamuno*. Aquí tenemos una obra clave del quehacer literario de nuestro compañero. Bastaría leer *La vida es niebla*,

¿quién soy yo?; El prólogo, novela del novelista; La novela personal de Unamuno, para que alcancemos a comprender cuánto significa esta densísima investigación, y algo tendría que añadir a *El Histrión trascendental*, porque mi vida en Salamanca, junto a quienes supieron mucho de don Miguel (Ramos y Loscertales, García Blanco), me permiten enriquecer, aún más, el rico capítulo del investigador. Y este otro completaría la visión de aspectos importantísimos de nuestra literatura como *El otro Dámaso Alonso*, o las *Imágenes del otro*.

Todo este mundo es muy coherente y se nos va enracimando. De la teoría vamos descendiendo a la práctica. Y la práctica se llama 98 o modernismo. Hablábamos de su último libro, Ricardo me lo trajo en Navidad, con una dedicatoria entrañable. Me iba a México y lo leí en el viaje. Al regresar, sus *Direcciones del modernismo* me habían suscitado no pocas perplejidades; era en 1990 un libro distinto del que me envió a Granada en 1964. No pugnaba, sino que acentuaba *La invención del 98 y otros ensayos*, pero Gullón extremaba su juanramonismo. Inventaremos otros nombres, pero las cosas serán las mismas (o diferentes): Valle-Inclán se evade en los análisis de Jetschke o de Laín. ¿Sí? ¿No? También de las *Técnicas de Valle-Inclán*, y la conversación se apasionaba, o nos apasionaba. Ricardo no cedía: “La invención de la generación del 98, realizada por Azorín, y la aplicación a la crítica literaria de este concepto, útil para estudios históricos, sociológicos y políticos, me parece el suceso más perturbador y regresivo de cuantos afligieron en el presente siglo.” Hablábamos: no es eso, si Villaespesa no cabe en el mismo ámbito que Unamuno, ¿tendremos que buscar algo que los distinga? Gullón —saber que abrumaba— no daba su brazo a torcer y acabamos riendo nuestra pasión. Tenía razón, las generaciones no son tablas ensambladas, pero el “modernismo” teológico de Unamuno mal se conforma con los nelumbos, los nenúfares y

las flores de loto que, acaso con inexactitud, se cortan para el tabor de Villaespesa. Entonces venía Juan Ramón Jiménez y nos poníamos de acuerdo, ¿quién supo más de Juan Ramón que Ricardo Gullón? Sus estudios eran implacables: *Symbolism and Modernism*, Juan Ramón desde el principio hasta el fin, su discurso académico y otras muchas cosas (“Me han pedido un libro, ¿qué te parece que aumente las páginas de la Academia?”). Otras muchas cosas. Muchas, porque la Universidad de Puerto Rico le hizo coincidir con el grandísimo poeta. Y Ricardo era un gran, e inteligente, conversador: solo así se entiende un libro extraordinario cuando en tales casos suelen escribirse libros frívolos o desangelados. Ahí quedan sus *Conversaciones con Juan Ramón*, libro apasionante donde los haya. (En junio de 1987 paseábamos por Moguer y frente a la casa del poeta había una librería: Ricardo nos dedicó a Elena y a mí su libro. Lo tengo lleno de notas, lo he utilizado hasta la saciedad, y al escribir mi *Juan Ramón y la palabra poética*, que me editó la Universidad de Puerto Rico, puse unas pocas palabras: “Dedico este libro a mi hija Aurora, profesora de Historia del Arte, y a mi amigo Ricardo Gullón, profesor de humanidad”.) Juan Ramón le debe los mejores estudios y las mejores conversaciones, le debe también una edición —muy bella— de sus obras, desdichadamente caída en las redes de una institución oficial.

Que en este caminar no se nos pierda Antonio Machado. El pensamiento de Gullón se muestra en plenitud. Vuelve a la teoría (*Una poética para Antonio Machado, Lenguaje, humanismo y tiempo en Antonio Machado*) o desciende a la interpretación precisa (*Mágicos lagos de Antonio Machado*). Gullón ha descubierto cómo esta poesía se apoya sobre el recuerdo o las cosas dignas de evocarlos. Regresamos a los principios de interpretación, aunque la interpretación se aplique a unos poemas perdidos o poco conocidos. El erudito aflora para decirnos que hasta allí ha llegado su investigación

y que luego vendrá la ciencia. Ortega vuelve a tranquilizarnos y Gullón lo sabe y lo considera. Lo aplica también. Gullón está en los días, y con los hombres, que le tocó vivir. Rehuye exageraciones o usos interesados que se hacen del poeta. Gullón tiene papeles, sabe muchas cosas; era su obsesión en los últimos días: “Tendré que escribir para que la verdad se sepa. Me da miedo.” Y se quedaba pensativo. “¿Tú qué me dices?” Entretanto estaban los escritores más próximos o menos comprometedores. Su estudio previo a *Una tumba y otros relatos* de Juan Benet es sencillamente espléndido, su análisis de *Retahílas* de Carmen Martín Gaité, excepcional. (Venía a inaugurar un curso que yo dirigía y me preguntaba: “¿Por qué eliges Martín Gaité?” —“Estudiábamos juntos en Salamanca y aun vino a un curso —pobre de mí— que expliqué de literatura italiana”.) Y la lección fue un análisis bellissimo. En 1970 publicó el opúsculo *García Márquez o el arte de contar*. Casi veinte años después hizo una exégesis de la colección de cuentos de Antonio Pereira. Vi juntos al narrador y al crítico en un restaurante no hace mucho. Mal podía pensar que a la mujer de Pereira la encontraría al salir de la casa vacía para siempre. Y, sin embargo, en su última tarde, Ricardo estuvo con Pereira y el narrador lo ha contado. Aquella tarde hablaron de mí: de la reseña que publiqué del hermosísimo libro titulado *Cuentos para lectores cómplices*. Aquella tarde, Antonio Papell me pidió un artículo. Lo empecé cuando el frío me recluyó en casa: mis primeras palabras partían de una cita de Ricardo Gullón. Las últimas eran también suyas. Cuando entregué el artículo Ricardo había muerto y prescindí del final.

Fui amigo de Gullón. Sin alharacas y sin manoteos. Fui fiel a nuestros sentimientos y respeté sus intimidaciones. (En la casa mortuoria, quien podía saberlo me dijo lo que Gullón pensaba de Pedro Laín y de mí. Sólo de Pedro y de mí.) No quiero decir sino de mi admiración y de mi lealtad. Cuando vino a esta casa, nadie se ale-

gró más que yo, y al abandonarla, nadie lo ha sentido más que yo. Cuando Gregorio Salvador escribió sobre mí, acabó con estas palabras: "Amigo de sus amigos." Lo fui de Ricardo Gullón y siento un desgarró al escribir estas doloridas páginas.

MANUEL ALVAR.